

iban á penetrar en el corral, cuando de repente vimos volver grupas á los elefantes, y penetrar de nuevo en los junglares.

El jefe de los ojeadores se acercó para explicarnos que un jabalí, con grande estrépito, había pasado por delante del elefante guía; y excitados y ciegos por la carrera, habían medrosamente vuelto grupas. Siguiendo sus consejos, debíamos aguardar la noche.

Al ponerse el Sol, el espectáculo fué interesante. Los fuegos lucieron con toda viveza, alumbráronse millares de antorchas, comenzó el ruido y estrépito de los tambores y gritos de los indígenas, y los ojeadores continuaron estrechando en sus mallas de fuego y humo á los elefantes, que al fin aparecieron y penetraron en el corral.

Entonces ocurrió un espectáculo fantástico, extraño: todos los ojeadores y cazadores, con antorchas en la mano, penetraron en la empalizada.

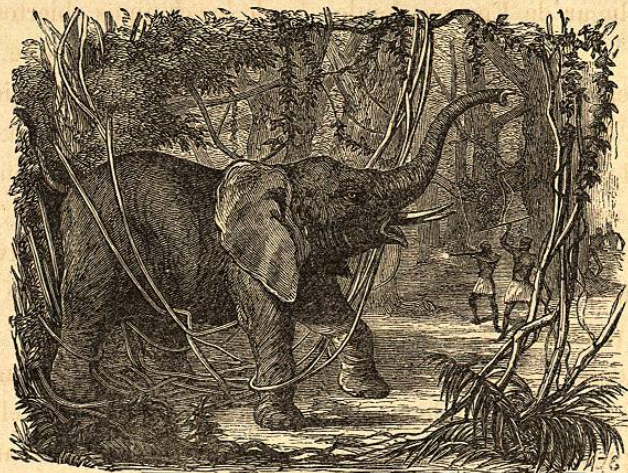
Los elefantes, aprisionados, corrieron velozmente, procurando romper la empalizada; pero, envueltos por doquier por el fuego y por el humo de grandes hogueras y el resplandor de las antorchas, al fin jadeantes y rendidos, se agruparon en el centro, llenos de terror, temblorosos y arrimados unos á otros.

Entonces se avivaron las fogatas para que lucieran hasta la aparición del Sol.

Los ojeadores habían levantado tres pjaras de elefantes; sólo una había penetrado en el corral, y las otras dos permanecían aún ocultas entre los junglares.

Se tomaron todas las medidas convenientes para que aquellas dos pjaras no se escaparan. Por lo que atañe á los cazadores, nos retiramos á nuestras rústicas viviendas para descansar el resto de la noche.

Vimos turbado varias veces el sueño por los gritos lanzados en el bosque por los ojeadores para impedir que se escapasen los elefantes.



Quando vino el día nos apresuramos á visitar el corral. Los elefantes, rodeados por centenares de indígenas armados de palos y picas, permanecían inmóviles de estupor y miedo.

Entonces se hicieron penetrar dentro del corral, á dos elefantes domésticos, para apoderarse, por medio del lazo, de los paquidermos. Montaban á los elefantes inteligentes *cornacs*, diestros en la caza. Uno de los paquidermos, apellidado *Siribeddi*, tenía cerca de 50 años, y era, por su inteligencia, un verdadero sereno para aprisionar á sus compañeros de raza.

Curioso fué ver como los dos elefantes entretenían á los paquidermos salvajes, mientras los *cornacs* se deslizaban hacia el suelo, y con maravillosa maestría sujetaban con el lazo á los elefantes por los pies.

Peligrosos son estos momentos; y, en la caza á que yo asistí, dos *cornacs* salieron heridos.

Al fin, y no sin trabajo y mucho tiempo, fueron aprisionados y rendidos los elefantes, y por el temor, el castigo y los halagos, domados y señoreados después del todo.

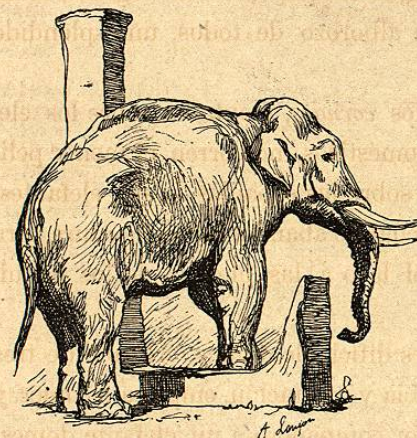
Las otras dos pjaras fueron también cogidas; realizándose, con gran alborozo de todos, un espléndido botín.

La raro es que los *cornacs*, montados sobre los elefantes cautivos ó domésticos, no corren el menor peligro mientras están sobre las espaldas de sus elefantes: el peligro empieza cuando abandonan su montura para atar sólidamente el lazo á las piernas de los paquidermos.

El elefante no es difícil de domar. Al cabo de tres días, calmada la rabia y excitación, empieza á comer, y entonces se le da por compañero á un elefante domesticado, que acaba de dar cima á la obra de la civilización del monstruo de las selvas.

CAPITULO XIII

LA CAZA DE BISONTES Y BÚFALOS



os que hayan saboreado las interesantes narraciones de escenas que pasan en los países poblados por *pieles rojas*, al leer que en este capítulo se va á hablar de la caza de los bisontes trasladarán, sin duda, su imaginación á las feraces regiones de la América del Norte. Pero la sinceridad de cronistas venatorios nos obliga ante todo á fijar nuestra atención en el único lugar de Europa donde hoy se hallan los bisontes.

La provincia de Grodno, en la Lithuania rusa, á pesar de medir 1,750 leguas cuadradas, cuenta sólo medio millón de habitantes. El viajero halla allí inmensas llanuras desprovistas de interés y de poesía; pero en cambio encuentra en el centro de aquellas planicies una verdadera joya, celebrada y conocida por todos los sabios naturalistas. Nos referimos á la selva de *Bialowicza* ó *Bialowics*, verdadero bosque virgen del norte, que tiene unas 12 leguas de largo y 10 de ancho. Aquella selva se halla allí á guisa de encantadora isla de verdura, rodeada de campos, aldeas y landas desnudas de vegetación. En el interior de la selva sólo se

encuentran algunas chozas de leñadores, y casi á la mitad se halla el villorrio Bialowicza, compuesto de algunas miserables cabañas y de un pabellón de caza, construido un día por orden del Elector de Sajonia, y habitado hoy por los guardas forestales del Emperador de Rusia encargados de la conservación de la caza.

En este bosque el hombre apenas ha impreso su huella. Las cuatro quintas partes de él se hallan cubiertas de espinos y árboles caídos ó retorcidos por el viento ó la tempestad: robustas encinas, tilos y sauces, forman barreras y pasos infranqueables; de suerte que, fuera de los caminos abiertos para la caza, es casi imposible penetrar en el bosque.

La selva de Bialowicza es la sola guarida que el bisonte tiene en Europa; y subsiste merced á órdenes rigurosas que impiden su caza.

El Emperador de Rusia castiga con severísimas penas al cazador furtivo de un bisonte; y para cazarlo es menester proveerse de un permiso especial, muy difícil de obtener.

Siglos atrás el bisonte abundaba en casi toda Europa y en gran parte del Asia occidental. En tiempo de los griegos se hallaban bisontes en la Peonia, esto es, la Bulgaria; en toda la Europa central, y en el mismo sud de Suecia. En los *Niebelungen*, reflejo de otros tiem-

pos, Siegfried caza un bisonte en los Vosgos. Aristóteles les apellida *bonassus* y nos ha legado de ellos una descripción exacta. Plinio menciona á aquel mamífero llamándole *bisonte*; y dice que su patria es Alemania. Calpurnius describe al bisonte en el año 282 después de J. C.

En los siglos VI y VII las leyes (*leges alamanorum*) hablan de los bisontes; y en tiempo de Carlo el Magno vagaban por el Harz y por la Sajonia. En el año 1000, Ekkehard dice que abundaban los bisontes en los alrededores de Saint-Gall. En los siglos XIV y XV, existían bisontes en la Pomerania y Prusia oriental, entre Tilsit y Laubian; y en el XVIII en la Transilvania.

Después de esta época, el bisonte europeo sólo se halla en la selva de Bialowicza.

Á mediados de este siglo

existían en aquella selva de Polonia unos 700 bisontes. Hoy, merced á las rigurosas medidas adoptadas, su número pasa de 2,000.

En el Cáucaso el bisonte no es raro. Antes existía por todas partes: hoy el sitio donde abunda más es el Zaadam. El bisonte se halla también en Asia central, á orillas del lago Koko-Nor.

El bisonte es un buey salvaje, feo, horrible, con una crin larga, espesa y cerdosa, que brota en todo su cuerpo, y una barba extraña, armado de vigorosos cuernos muy abiertos.

El bisonte de Europa es más pequeño que el de América. Mide 1'65 metros de alto y 2'55 metros de largo, y pesa de 500 á 600 kilogramos. La cabeza del bisonte es enorme, poderosa; y sus cuernos suelen tener unos 50 centímetros de largo.

En verano y otoño el bisonte habita en los sitios húmedos de la selva, y oculto entre el follaje y los matorrales. En invierno prefiere los sitios elevados y secos. Los bisontes viejos machos viven solitarios, y los jóvenes en manadas de 15 á 20 individuos en verano y de 30 á 40 en invierno. Cada rebaño tiene su morada fija, y reina en ella la mayor armonía, salvo en la época

del celo; pero dos piaras distintas suelen vivir en permanente enemistad, y no es raro ver á la manada débil evitar el encuentro de la más fuerte.

Los bisontes viven alerta y dispertos, lo mismo de día que de noche, y pacen comiendo yerbas, brotes, brotones, y la corteza verde de los fresnos, causando grandes destrozos en la selva. Necesitan beber agua fresca, y han de vivir en sitios donde abunde el agua.

El bisonte parece pesado en sus movimientos, y sin embargo es vivo. Su paso es acelerado, su carrera es un galope rápido; comiendo baja la cabeza y levanta la cola.

El hombre en actitud pacífica, y caminando lenta y suavemente, no suele ser atacado por el bisonte; por un movimiento vivo, el más pequeño accidente, basta para encolerizar al bisonte, y trocarse en

terrible y furioso. En verano huye generalmente á la vista del hombre, pero en invierno sigue tenazmente su camino. El bisonte, como todos los bovidos salvajes y en libertad, muestra gran violencia y cólera terrible, y sobre todo un grande espíritu de independencia. Furioso saca la lengua azulada, mueve sus pupilas inyectadas de sangre, su mirada es sombría, y se precipita con inexplicable saña y rabia sobre los objetos de su furor. Los jóvenes bisontes son más tímidos que los viejos, y entre éstos los solitarios son un verdadero azote para los sitios donde moran, y provocan y atacan al hombre.

Ya queda apuntado que los bisontes europeos solo se hallan hoy en la selva de Bialowicza. Pues bien: hace muy pocos años un solitario vagaba entre los principales caminos que atraviesan el bosque, y atacaba á los leñadores montados en sus carretas, ó á los viajeros en sus trineos, y causó muchos graves accidentes.

El bisonte es terrible cuando se ve perseguido; y el cazador, por bien armado que esté, se halla expuesto á inminentes peligros.

Durante la época del celo, los bisontes traban tre-



Manada de bisontes

mendas luchas. Empieza el celo en agosto ó setiembre, y dura unas tres semanas.

Aquellos bovidos se hallan entonces en su pleno vigor, rollizos y llenos de fuerza.

El bosque se puebla entonces de grandes rumores. A los saltos y jugueteos suceden los topetazos, los accesos de cólera, arrancando de cuajo árboles y arbustos, chocando con estrépito las frentes de los bisontes; todo esto acompañado de mugidos y resoplidos ruidosos, que repercuten los ecos, y llenando de terror á los demás huéspedes de la selva.

187

Pasada ya la época del celo, los solitarios abandonan el rebaño para dedicarse á su vida libre y vagamunda.

Comparada con los otros bovidos, la hembra del bisonte es poco fecunda, pues libra sólo cada tres años, y al llegar á cierta edad se trueca en estéril.

Los bisontes saben defenderse de sus enemigos. Los



Caza del bisonte en América

osos y los lobos suelen sólo atacar á los pequeños bisontes que no se hallan bajo el amparo de la madre. Durante la época de las nieves, los lobos hambrientos han llegado á atacar á un bisonte adulto, separado del rebaño; y tras viva persecución han acabado por rendir al bovido y matarle, pero habiendo sufrido los lobos pérdidas por su parte. Para que esto suceda, es necesario que sean muchos los lobos que ataquen al bisonte.

II

En la selva de Bialowicza, no siempre reina la placidez y calma de la naturaleza en su abandono, sino que alborotan los ecos el sonido de las trompas, los gritos del halalí y los ladridos de los perros.

Allí se realizan grandes cacerías, en que se despliega grande aparato y esplendor cortesano. Los elevados personajes invitados no necesitan mostrar el valor y ardimiento de los antiguos germanos cuando cazaban el bisonte en la Selva Negra. Julio César decía que haber